

Estudioso, no curioso  
P. Fernando Pascual  
8-8-2010

Como afirmaba Aristóteles al inicio de su *Metafísica*, todos los hombres tienden, de modo natural, a conocer. En otras palabras, somos amantes del conocimiento desde lo más íntimo de nuestros corazones.

Así se explica la búsqueda continua, incansable, de datos, informaciones, noticias. Leemos libros, escuchamos la radio, vemos programas televisivos, navegamos en el inmenso mundo de internet. Cada día nos “sumergimos” a gusto en el mundo del saber.

Pero muchas cosas que aprendemos, muchos datos que recibimos, sirven sólo para satisfacer curiosidades periféricas, marginales, insustanciales, inútiles, a veces peligrosas.

¿Es que conocer puede ser peligroso? El saber, de por sí, es neutro. Estudiar cómo se construye una bomba capaz de matar a cientos de personas no es un delito, no daña moralmente a quien realiza tal estudio. Pero si ese estudio nace de un odio interior, o del deseo de ayudar a otros (que pagan con generosidad) a matar, o nos aparta de investigaciones más provechosas y más urgentes, ¿no descubrimos que sí puede haber algo malo en el estudio sobre cómo construir esa bomba?

San Agustín, en una obra escrita hacia finales del año 391 o inicios de 392 y titulada “De utilitate credendi”, distinguía entre ser curioso y ser estudioso. El curioso busca conocer algo que no le corresponde (a veces algo que puede dañar el propio corazón). El estudioso, en cambio, orienta su tiempo y sus esfuerzos a conocer lo que le interesa y le lleva a algún provecho.

En el siglo XIII, santo Tomás acogió y profundizó esta distinción entre estudiosidad y curiosidad. La primera sería una forma correcta de dirigir y encauzar el deseo de saber. La segunda, en cambio, sería un desenfreno o abuso en tal deseo.

Por ejemplo, hay curiosidad si uno busca conocer datos nuevos para llenarse de vanidad, impulsado por la soberbia que lleva al desprecio de los demás (que llegan a ser vistos como pobres ignorantes). También hay curiosidad (una idea ya anticipada por san Agustín) cuando nos dedicamos al estudio de cosas innecesarias a costa de quitar tiempo a argumentos necesarios o a deberes del propio estado de vida (con la familia, en el trabajo, con Dios).

Por eso, hoy como ayer, valen aquellos avisos de la Biblia: “estudiar demasiado daña la salud” (*Qo* 12,12). “No busques lo que te sobrepasa, / ni lo que excede tus fuerzas trates de escrutar. / Lo que se te encomienda, eso medita, / que no te es menester lo que está oculto. / En lo que excede a tus obras no te fatigues, / pues más de lo que alcanza la inteligencia humana se te ha mostrado ya. / Que a muchos descaminaron sus prejuicios, / una falsa ilusión extravió sus pensamientos. / El corazón obstinado en mal acaba, / y el que ama el peligro caerá en él” (*Si* 3,21-26).

Si dejamos de lado curiosidades innecesarias o malsanas, si centramos nuestro corazón y nuestras energías en cosas serias, tendremos seguramente menos tiempo para conocer lo que pasa a “famosos” del mundo del espectáculo o del deporte y más tiempo para leer la Biblia, para estudiar los Concilios de la Iglesia, para saborear las bellezas de las obras de los Santos Padres, para conocer la fe de la Iglesia con ayuda de una síntesis magistral: el “Catecismo de la Iglesia Católica”.

Es decir, seremos menos curiosos y más estudiosos. No por vanidades intelectuales, no para parecer superiores a otros, sino para avanzar hacia la única Verdad que es también Camino y Vida: para conocer, amar e imitar a Jesucristo nuestro Salvador.